

Charles Baudelaire

# Las flores del mal

Versión española de Antonio Martínez Sarrión



**Alianza** editorial

El libro de bolsillo

## Título original: *Les fleurs du mal*

Esta traducción fue publicada por primera vez en edición bilingüe en 1977 por La Gaya Ciencia en su colección de Poesía.

Primera edición: 1982

Tercera edición: 2011

Octava reimpresión, revisada por el traductor: 2024

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Charles Hermans: *Circe* (1881)

© Christie's Images / Index-Bridgeman

Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Antonio Martínez Sarrión, 1977, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1982, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-5278-8

Depósito legal: M. 43.759-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 13 Nota del traductor
- 17 Nota del traductor en 2012
  
- Las flores del mal
- 21 Dedicatoria
- 23 Al lector
  
- Spleen e ideal*
- 29 Bendición
- 32 El albatros
- 33 Elevación
- 34 Correspondencias
- 35 La voz
- 36 [Me gusta recordar esas desnudas épocas]
- 37 Los faros
- 39 La musa enferma
- 40 La musa venal
- 41 El mal monje
- 41 El enemigo
- 42 La mala suerte
- 43 La vida anterior
- 43 Gitanos en ruta
- 44 El hombre y la mar
- 45 Don Juan en los infiernos

- 46 Castigo del orgullo  
47 La belleza  
47 El ideal  
48 La gigantea  
49 La máscara  
50 Himno a la belleza  
52 Las joyas  
53 Perfume exótico  
54 La cabellera  
55 [Te adoro como adoro la bóveda nocturna]  
56 [En tu calleja harías entrar, mujer impura]  
57 *Sed non satiata*  
58 [Con esa vestimenta de nácar ondulante]  
58 La serpiente que danza  
60 Una carroña  
62 *De profundis clamavi*  
63 El vampiro  
64 El Leteo  
65 [Una noche en que estaba con una horrible hebrea]  
66 Póstumo remordimiento  
66 El gato  
67 *Duellum*  
68 El balcón  
69 El poseso  
70 Un fantasma  
72 [Te dedico estos versos para que, si mi nombre]  
73 *Semper eadem*  
74 Toda entera  
75 [¿Qué dirás esta noche, pobre alma solitaria]  
75 La antorcha viviente  
76 A la que es demasiado alegre

- 78 Reversibilidad  
79 Confesión  
80 El alba espiritual  
81 Himno  
82 Armonía de la tarde  
83 El frasco  
84 El veneno  
85 Cielo neblinoso  
85 El gato  
87 El bello navío  
89 Invitación al viaje  
90 Lo irreparable  
92 Conversación  
93 Canto de otoño  
94 A una Madona  
96 Canción de siesta  
98 Madrigal triste  
100 Sisina  
100 Los ojos de Berta  
101 *Franciscæ meæ laudes*  
103 A una dama criolla  
103 A una malabaresa  
104 Muy lejos de aquí  
105 *Mæsta et errabunda*  
106 El aparecido  
107 Soneto de otoño  
108 El surtidor  
109 Tristezas de la luna  
110 Los gatos  
111 Los búhos  
112 La pipa

- 112 La música  
113 Sepultura  
114 Un grabado fantástico  
114 El muerto jubiloso  
115 El tonel del odio  
116 La campana hendida  
116 Las quejas de un ícaro  
117 *Spleen* [Pluvioso, irritado contra la ciudad entera]  
118 *Spleen* [Albergo más recuerdos que si tuviera siglos]  
119 *Spleen* [Yo soy como el monarca de un lluvioso país]  
120 *Spleen* [Cuando el cielo, plomizo como una losa...]  
121 Obsesión  
121 El abismo  
122 El gusto de la nada  
123 Alquimia del dolor  
124 Horror simpático  
124 El examen de medianoche  
126 El *heautontimoroumenos*  
127 El macero  
128 La tapa  
128 Lo imprevisto  
131 El rebelde  
131 Lo irremediable  
133 El reloj

#### Cuadros parisienses

- 137 Paisaje  
138 El sol  
139 A una mendiga pelirroja  
142 El cisne  
144 Los siete viejos

- 147 Las viejecitas  
151 Los ciegos  
152 Recogimiento  
152 A una transeúnte  
153 El esqueleto labrador  
155 El crepúsculo vespertino  
156 El juego  
157 La luna ofendida  
158 Danza macabra  
161 El amor engañoso  
162 [Todavía no he olvidado, cercana a la ciudad]  
162 [A la buena sirvienta que un día os tuvo celosa]  
163 Brumas y lluvias  
164 Sueño parisiense  
167 El crepúsculo matutino
- El vino  
171 El alma del vino  
172 El vino de los traperos  
174 El vino del asesino  
176 El vino del solitario  
177 El vino de los amantes
- Flores del mal  
181 La destrucción  
182 Una mártir  
184 La plegaria de un pagano  
185 Lesbos  
188 Mujeres condenadas [Delfna e Hipólita]  
193 Mujeres condenadas [Como bestias inmóviles tum-  
badas...]

- 194 Las dos buenas hermanas  
195 La fuente de sangre  
195 Alegoría  
196 La Beatriz  
197 Las metamorfosis del vampiro  
198 Un viaje a Citerea  
201 El amor y el cráneo
- Rebelión
- 205 La negación de san Pedro  
207 Abel y Caín  
208 Letanías de Satán
- La muerte
- 215 La muerte de los amantes  
216 La muerte de los pobres  
217 La muerte de los artistas  
217 El fin de la jornada  
218 El sueño de un curioso  
219 El viaje
- 227 Epígrafe para un libro condenado
- 229 Migajas
- Tres poemas de «Los despojos»
- 237 Sobre «El Tasso en prisión»  
238 A Théodore de Banville  
239 Puesta de sol romántica
- Apéndices
- 243 1. Proyectos de prefacio  
251 2. Proyecto de epílogo



## Nota del traductor

Decididamente nuestro autor no fue un hombre de suerte. Y su mala racha continúa. Los grandes poetas que fueron más o menos sus coetáneos, van siendo vertidos al castellano con aceptable decencia, con mayor o menor felicidad. Charles Baudelaire, cuyo caso, en opinión de Jouve, «es el caso del mundo moderno», como su problema «es el de la poesía moderna», parece arrastrar un muy especial maleficio en nuestro idioma. Que yo recuerde, desde la inefable versión rimada de la pianola Marquina (aquello de «voluptad» no tenía precio), el cúmulo de atentados contra su poesía, aquí y al otro lado del Atlántico, no ha finalizado. Sólo Díez-Canedo, en la benemérita y antañona Austral, acertó con los *Pequeños poemas en prosa*.

Esta versión de *Las flores del mal*, sin duda llena de faltas, nació con voluntad de desagravio y justicia. No sé hasta qué punto cumplirá su propósito.

Es bien sabido que una de las trampas del traductor de poesía consiste en aventurarse en la imposibilidad de

conservar la rima. Se ha prescindido de ella en esta ocasión. No así, en cuanto ha sido posible, del ritmo y de la métrica. Respecto a ésta, algunas advertencias: la carta de naturaleza que Darío otorgó al alejandrino en la poesía moderna de nuestra lengua, ha facilitado la traducción de los poemas en este metro. No ha ocurrido así en aquellos que utilizan el heptasílabo u otros metros poco usuales en castellano, que han planteado no pocos quebraderos de cabeza al que suscribe. Un poco guiado del instinto y tratando de no conculcar el sentido (pero ya se sabe: *traduttore = tradittore*), he ido resolviendo los casos, adaptando el metro original, cambiándolo y aun combinando ambos procedimientos, con evidente repercusión disonante en ciertos resultados. Por otra parte, y no importa que se tome como coartada en mi pliego de descargos, se me ha hecho evidente que no todos los poemas de *Las flores* son excelentes, ni mucho menos. O que no todos me tocaban por igual. Éstos –los mal amados– sospecho que han salido esquilmados del empeño.

En cuanto al tono, he procedido de acuerdo con las sabias consideraciones de un eminente filólogo: Federico Nietzsche, quien, en una de sus cartas, habla ya –él tan francófilo– del exasperante énfasis retórico de los literatos franceses. Resonancias de los dramaturgos del *grand siècle*, del peor Hugo, de algún helado parnasiano, aflo-  
ran insidiosamente de vez en vez en Baudelaire. La cordura y los cuaresmales tiempos que corren aconsejaban quitar oropel y desmesura gestual. La versión se ha pretendido guiada por la naturalidad y el tono quiere ser, en gran medida, el coloquial a que nos tiene acostumbrados la mejor poesía actual. Ésta es la razón por la que el cu-

rioso lector podrá comprobar, entre otras licencias, la poda de tantos molestos signos de admiración.

De entre las ediciones francesas solventes, me he inclinado por la que preparó para Éditions du Seuil Marcel A. Ruff, aparecida en 1968. De ella son tributarias gran parte de las notas que se incluyen a pie de página. La ordenación secuencial de los textos también ha seguido el criterio del profesor galo, el cual, en lo posible, adopta el sistema cronológico. Sabido es que las dos primeras ediciones de las *Fleurs* en vida de su autor (1857 y 1861) y la póstuma de 1868 no contienen el mismo número de piezas. Dado el carácter de la presente, me ha parecido excesivo fechar a pie de página el presunto año de composición del poema o su pertenencia a una u otra de aquéllas. Los seis famosos poemas condenados por el Tribunal Correccional de París en 1857 —«Lesbos», «Mujeres condenadas (Delfina e Hipólita)», «El Leteo», «A la que es demasiado alegre», «Las joyas» y «Las metamorfosis del vampiro»— aparecen en su lugar correspondiente y no aislados del conjunto como se estiló en ocasiones. Me ha parecido interesante incluir, a modo de apéndice, diversos proyectos de prólogo del autor destinados a la segunda y tercera edición, que no llegaron a imprimirse al frente de ellas. Apuntan elementos de una poética que, sin duda, hay que rastrear con más provecho en la crítica de arte o en *Mi corazón al desnudo*.

La presente edición se quisiera a caballo entre el respeto a la letra y la recreación del texto, de la cual hay excelentes ejemplos en nuestras letras contemporáneas: Jorge Guillén u Octavio Paz, sin ir más lejos. Sospecho que se vence con preferencia al primer procedimiento.

De entre los testimonios y estudios que, a lo largo de más de un siglo, jalonan la obra de Baudelaire, se me perdonará que cite *in extenso* un texto del malicioso Sainte-Beuve, que me gusta mucho, tanto por su vigor estilístico como por ese toque de ambigüedad y de sorna que, sin conseguir –ni pretender– descabalar de su altísimo pedestal al primer poeta rigurosamente contemporáneo, lo siluetea con afilados dardos en que se mezclan a mitades la admiración reticente y cierto envidioso desconcierto. Helo aquí: «Baudelaire ha encontrado el medio de edificar, en el extremo de una lengua de tierra tenida como inhabitable y más allá de los confines del romanticismo al uso, un extraño quiosco, demasiado adornado, demasiado atormentado, más coqueto y misterioso, donde se lee a Edgar Poe, donde se recitan exquisitos sonetos, donde uno se embriaga con haschisch para razonar a continuación, donde se consumen opio y mil drogas abominables en tazas de acabada porcelana. A este singular quiosco, fabricado en marquetería, de una originalidad concertada y compuesta, que, desde hace tiempo atrae las miradas hacia la punta extrema del Kamtchatka romántico, yo le llamo la locura Baudelaire».

Para finalizar, quiero que conste mi agradecimiento a las valiosas observaciones que me hicieron, y en buena medida recogí, Juan Benet, el cual leyó todo el manuscrito, y Jaime Gil de Biedma, que lo hizo en parte. El toque luciferino de Lou Reed desde el tocadiscos me acompañó no poco en la procelosa travesía.

A. M. S.

Primavera 1976

## Nota del traductor en 2012

Desde que en 1982, y en segunda edición, se incorporó este volumen al fondo de Alianza Editorial, no había vuelto sobre él. Ahora lo hago para correcciones muy puntuales, que abarcan desde supresiones, sustituciones y adiciones de palabras, y el enderezamiento de versos cojos o mal acentuados, hasta la incorporación de una nota a pie de página y la supresión y la leve modificación de otras dos. Me animó a esta relectura un libro impar sobre el poeta y su tiempo: *La Folie Baudelaire* de Roberto Calasso, Adelphi Edizioni, Milano, 2008.

A. M. S.



# Las flores del mal





AL POETA IMPECABLE

AL PERFECTO MAGO DE LAS LETRAS FRANCESAS  
A MI MUY QUERIDO Y MUY VENERADO

MAESTRO Y AMIGO  
THÉOPHILE GAUTIER

CON LOS SENTIMIENTOS  
DE LA MÁS PROFUNDA HUMILDAD  
DEDICO

ESTAS FLORES ENFERMIZAS

CH. B.



## Al lector

Afanan nuestras almas, nuestros cuerpos socavan  
la mezquindad, la culpa, la estulticia, el error,  
y, como los mendigos alimentan sus piojos,  
nuestros remordimientos, complacientes nutrimos.

Tercos en los pecados, laxos en los propósitos,  
con creces nos hacemos pagar lo confesado  
y tornamos alegres al lodoso camino  
creyendo, en viles lágrimas, enjugar nuestras faltas.

En la almohada del mal, es Satán Trimegisto<sup>1</sup>  
quien con paciencia acuna nuestro arrojado espíritu  
y el precioso metal de nuestra voluntad,  
íntegro se evapora por obra de ese alquímico.

1. *Trimegisto*: literalmente «el tres veces más grande», calificativo habitual del seudo-Hermes (siglos III-IV), a quien se atribuyeron numerosas obras filosóficas y religiosas de carácter esotérico.

¡El diablo es quien maneja los hilos que nos mueven!  
A los objetos sórdidos les hallamos encanto  
e, impávidos, rodeados de tinieblas hediondas,  
bajamos hacia el Orco un diario escalón.

Igual al disoluto que besa y mordisquea  
el lacerado seno de una vieja ramera,  
si una ocasión se ofrece de placer clandestino  
la exprimimos a fondo como seca naranja.

Denso y hormigueante, como un millón de helmintos<sup>1</sup>,  
un pueblo de demonios danza en nuestras cabezas  
y, cuando respiramos, la Muerte, en los pulmones  
desciende, río invisible, con apagado llanto.

Si el veneno, el puñal, el incendio, el estupro,  
no adornaron aún con sus raros dibujos  
el banal cañamazo de nuestra pobre suerte,  
es porque nuestro espíritu no fue bastante osado.

Mas, entre los chacales, las panteras, los lincees,  
los simios, las serpientes, escorpiones y buitres,  
los aulladores monstruos, silbantes y rampantes,  
en la, de nuestros vicios, infernal mezcolanza

¡hay uno más malvado, más lóbrego e inmundo!  
Sin que haga feas muecas ni lance toscos gritos  
convertiría, con gusto, a la tierra en escombros  
y, en medio de un bostezo, devoraría al Orbe.

1. *Helmintos*: larvas parásitas.

¡Es el Tedio! – Anegado de un llanto involuntario,  
imagina cadalsos, mientras fuma su yerba.  
Lector, tú bien conoces al delicado monstruo,  
– ¡hipócrita lector – mi prójimo – mi hermano!